

El Sr. **Holguín** (Ministro de Colombia): Señoras y señores: El acertado ejemplo de la Historia Sagrada con que principió su discurso el digno orador que aludiéndome me ha hecho subir á esta tribuna, me ha traído á la memoria otro pasaje que bien pudiera tomarse como un símbolo del descubrimiento de América, ya que de América se habla.

Pensaba yo, señores, en lo que nos refiere la Biblia respecto al cautiverio del pueblo del Señor, que estuvo tanto tiempo cautivo en Egipto bajo la tiranía de los Faraones. Ese pueblo sufrió todas las dolencias, padeció todas las persecuciones y vió venir en su perjuicio todas las plagas de la desolacion y del infortunio, hasta que al fin el Señor, condolido de sus padecimientos, determinó enviarle un Moisés que le sacara de la servidumbre, que le guiara por el desierto, hasta llevarle á una region donde habia de ver correr arroyos de leche y miel, y recibiría maná del cielo. Si no me equivoco, este es un acontecimiento que simboliza bastante el descubrimiento de América.

Cinco mil seiscientos años de cautiverio llevaba la humanidad en el mundo: habia padecido más persecuciones y soportado más plagas que las que se sufrieron en Egipto, hasta que sus gemidos llegaron al corazón de su Dios, que le envió otro Moisés para que la sacase de la servidumbre, y guiándola por el ignoto desierto de los mares la condujese á una region donde habia libertad y frutos en abundancia y lucía un sol puro. Esa tierra prometida era la América, el caudillo de la humanidad Colon. (*Muy bien, muy bien.*) Y hoy el americano cumple sus destinos y la voluntad de Dios en la tierra de que lo hizo señor. Para él puso Dios peces en todos sus rios, aves en todos sus bosques, frutos en todas sus tierras; para él levantó gigantescas cordilleras, hizo correr caudalosos rios que facilitaran las comunicaciones; regó oro y plata en todos sus veneros; esmaltó sus prados de esmeraldas y diamantes, hizo nacer coral en sus profundidades y llover en sus mares perlas. Le dió un sol brillante para que le alumbrase, lindas mujeres para compañeras, un cielo azul y estrellado con mansos y cristalinos lagos donde pudiera reflejarse. Y para que elevase su espíritu y poeta le cantase, le dió tamaño vigor á toda su naturaleza; que se acostumbrase á ver el cielo sobre sus altísimas montañas y se mantuviese firme teniendo á sus piés profundísimos abismos; que viese sin conmoverse levantarse hasta las nubes la ola gigantesca de sus mares y escuchase impávido el silbido del huracan en sus montañas, el rugido de las fieras en sus bosques, el imponente mugir de sus rios y el estrepitoso caer de sus espumosas cataratas. (*Muy bien, muy bien. Grandes aplausos.*)

Pero, señores, ese pueblo con tantos elementos de bienestar y felicidad como Dios le ha concedido, nunca ha olvidado, ni por un momento, que todos aquellos beneficios los debe despues de Dios á España. Á España que lo sacó de la nada á la vida, de la idolatría al conocimiento de Dios, de la barbarie á la luz de la civilizacion. Y he aquí por qué veo con el mayor placer, y no puedo ménos que asociarme á él, un acto de esta naturaleza en que se condensa, por así decirlo, este sentimiento, esta corriente magnética de amor que viene de América á España y que va de aquí á América, y por eso este acto me parece un latido del corazón de la madre patria, que se mueve al impulso de aquella sangre tan generosamente derramada en el Nuevo Mundo, y que con tanto calor circula hoy todavía por nuestras venas y alienta nuestros corazones.

Yo, Ministro de una de esas Repúblicas, aquí he tenido ya ocasion de manifestar que mi mision no era mision de cortesía ni tenía por objeto el arreglo de diferencias políticas; que á mí se me ha mandado aquí principalmente para dar testimonio de que si Colombia estuvo largos años separada de la madre patria por motivos que ya hoy nadie recuerda, al volver á su seno viene llena de amor á repetirle con efusion sincera que tiempo y distancia no han sido parte á debilitar su cariño ni disminuir su gratitud; que allá siempre hemos cultivado con cariñoso esmero estas letras patrias que constituyen un vínculo tan dulce; que siempre hemos recordado con orgullo nacional las glorias castellanas y procurado aparecer ante el mundo herederos dignos de las egregias vir-

tudes á que en la historia hallamos unido el buen nombre español.

Creo, pues, que en mi calidad de representante de una de esas Repúblicas no puedo hacer ninguna cosa mejor que manifestar á la Asociacion que actualmente se inaugura, que ella recibirá de América un estrepitoso aplauso, aplauso que repercutirá en toda Europa, porque es la expresion del sentimiento que inflama los corazones de cuantos iberos habitan en uno y otro continente y hablan la lengua hermosa de Castilla. (*Muy bien, muy bien. Grandes aplausos.*)

El Sr. **Moret y Prendergast**: Cúmpleme decir la última palabra en este acto, por una delegacion en extremo honrosa que la Junta Directiva de la Asociacion ha querido hacerme. No es fácil empresa, aunque á decir verdad, despues de las últimas palabras que acaban de sonar en aquella tribuna, fácil sería á cualquiera que tenga en su alma el sentimiento patrio decir frases y palabras que, si no significaran el eco fiel de aquellos nobles sentimientos, fuesen por lo ménos la repercusion en la conciencia española de aquel hermoso saludo enviado por la representacion de uno de los pueblos americanos. (*Grandes aplausos.*) Pero la verdad, señoras y señores, que aún sin este hermoso coronamiento de manifestacion de los afectos que aquí ha tenido lugar, todavía presumo que el resúmen y el carácter de esta reunion no habrán dejado de impresionar, ni yo podria decir las últimas palabras sin llamar acerca de ellas vuestra atencion.

He asistido ya en mi vida, no corta, á muchas de estas reuniones; pero yo no habia visto, yo no habia creído nunca en esta simpática y extraordinaria union de tan diversos caracteres: una niña, símbolo de inocencia y señal del primer albor de la vida, que habla el lenguaje de la poesia, porque la poesia es la manifestacion del progreso del espíritu humano. (*Aplausos.*) Un portugués, hijo de la nacion vecina y hermano nuestro, que en su propia lengua nos envía el sentimiento profundo de la simpatía de aquella nacion; y un representante de América, que ántes de que el telégrafo haga llegar allí nuestras palabras, ha manifestado á esta reunion que vuestras simpatías encuentran eco en el alma de aquellos habitantes, como si en la suya tuviera ya grabada la respuesta, y le bastará afirmarlo en su nombre para que desde allí respondiesen á ese sentimiento que se desbordaba ya en amor á España. (*Aplausos.*) Cuando en un momento dado desaparecen las diferencias que suele haber ahí en esa tribuna entre los dos sexos, y á ella sube el hombre y la mujer, el que en verso y el que habla en prosa, el portugués y el habla español, el americano y el europeo, es que esa simpatía ha creado una corriente inmensa de union, y si la union es la fuerza, lo que hay aquí es el presentimiento de algo grande para la patria española y para la patria americana. (*Nuevos aplausos.*)

No os lisonjearé, sin embargo, señores de la Asociacion, de que esto sea así, porque lo que haceis hoy todavía no tiene su juicio en la historia: es quizá un presentimiento, es quizá un deseo, es nada más que un embrion, y para que llegue á ser algo hace falta vuestra constancia y vuestros esfuerzos; que no es con las galas que trae aquí la mujer, ni con el sentimiento que despiertan las palabras, ni con las vibraciones de la música, ni siquiera con los acentos de simpatía como se crean estas grandes ideas. Ellas son, sí, como los primeros síntomas de las corrientes de entusiasmo; ellas son como los primeros átomos de lo que adquirirá luégo forma; pero todavía, para llegar á tener vida y para representar algo, es preciso que todo esto se condense, y no se condensa más que por medio de la perseverancia; que así como en el espacio, al agruparse las partículas y los átomos esparcidos, forman un foco de fuego, de calor ó de luz, produciendo la tempestad y el rayo, así la perseverancia hace que de las sensaciones, de los sentimientos, de las aspiraciones, de los recuerdos, nazca la pasion en la familia, el espíritu de nacionalidad en los pueblos y la confederacion entre las naciones. (*Aplausos.*) No os fieis de las galas de hoy ni de las alegrías de este momento: hoy empieza vuestra obra, y á fe que ya me parece que de un modo brillante; pero si os limitais á eso habriais malogrado una grande idea, y si la perseverancia os falta, habriais cogido en un dia todas las flores de la campiña, mas esas flores no habrán pro-

ducido semilla, porque son las únicas que justifican la presencia de la primavera. (*Muy bien, muy bien.*)

Sea, pues, ésta como una excitacion, y sea como un compromiso que yo, que resumo vuestras tareas, considero que representa, no sólo el pensamiento de este público y el pensamiento de los españoles, sino el de Portugal y el de América; porque seguramente no os habeis reunido aquí hombres serios y formales, no habeis escuchado en ese sitio (*indicando la tribuna*) las admirables palabras que todos hemos oido, para dejar que esta idea se extinga y dar así pruebas de una triste impotencia, sino que, por el contrario, con esa perseverancia que os recomiendo llegareis á formar un verdadero haz de rayos de sol magnífico que ilumine todos los ámbitos de la tierra. (*Grandes aplausos.*) Ese es el pensamiento de esta Asociacion, pensamiento realmente grande y fecundo.

No sé en qué momento han sonado por esta atmósfera las palabras *apoyo oficial*. Yo debo deciros, señores, que en el tiempo en que vivimos las asociaciones han de preceder á los Gobiernos, porque los Gobiernos no pueden venir sino despues de terminada la obra que ellas levanten. (*Aplausos.*) El Gobierno español, el Gobierno portugués, un Gobierno americano latino, no podria pronunciar estas palabras que yo digo y las demás que me restan, porque es preciso que ántes se forme la atmósfera que, estrechando las distancias, haga nacer la fraternal union de los pueblos.

He aquí, pues, lo que hace falta si ha de haber una política ibero-americana que consiga la union de la raza latina: esa union ha de nacer de la asociacion de todos; pero pedírsela, imponerla por medio de los diplomáticos á los Gobiernos, sería hacer fracasar la obra. A veces la guerra puede ser la union; pero quien quiera hacer la union por la guerra es que ha equivocado el camino, porque ha tomado los senderos más torcidos para llegar á ella. Si no me equivoco, los individuos de esta Asociacion deberán perseverar en este camino y no desconfiar ante la pasajera falta de éxito que pueda haber en los momentos que van á ser difíciles de su vida, porque, en verdad, la mision no es fácil, la empresa no es sencilla. Hay un gran sentimiento de simpatías; hay una masa de recuerdos, y yo me atrevería á decir que hasta de remordimientos en la historia de este pueblo español y del americano: hay recuerdos de pasadas grandezas; hay remordimientos de pasadas luchas; hay tristezas y esperanzas.

Pues bien, reflexionad, señores, ¡qué conjunto de ideas más grandes y poderosas no hacen falta para sacar del estado embrionario una afeccion, un sentimiento fraternal entre los pueblos! Pero es que para esto, señores, hay entre nosotros difícil inteligencia; porque ¿por dónde empezar y por dónde concluir? ¿Cómo buscar y qué es lo que se busca? ¿Cómo querer y qué es lo que se quiere? ¡Ah! Si á cada uno de los que pertenecen á esta Asociacion y tienen la bondad de escucharme se le planteara este problema, yo sé, señores, que no podria responder de una manera terminante!

Hay, pues, que esperar; hay que creer; hay que creer y esperar; hay que marchar con fe, y entónces, de esta manera, si, como aquí se ha indicado, existe una gran simpatía, se irá fortaleciendo por diferentes medios y de ella brotarán, señores, las maneras prácticas, los caminos seguros por los cuales se llegue á la perfecta inteligencia entre ambos pueblos.

Yo no he de decirlo hoy, pero creo que esto será un verdadero resúmen del sentimiento que aquí late á mi vez, y quiero detenerme un instante, si me concedeis vuestra atencion, para exponeros dos órdenes de ideas.

Hay, señores, cuando se habla de la historia de los pueblos hispano-latinos, hay unas páginas de sangre que todos tenemos interés en pasar por alto, y que ninguno queremos recordar. Yo creo, señores, por el contrario, que puesto que existe la historia, y eso es verdad, necesitamos todos tocar de una vez para siempre esta cuestion.

Si nosotros fundamos aquellas Repúblicas y aquellos Estados de América, Portugal también fundó el Brasil; ese diferente reino se halla separado, ese pueblo vive solo; ha habido allí guerra y sangre. Es verdad: ¿cómo podriamos estimarnos si no la hubiera

habido? ¿Qué pensarían de nosotros los americanos si la raza que dominó la América del Sur la hubieran dejado escaparse de entre sus manos sin verter su sangre por ella y sin hacer ningún esfuerzo siquiera para conservarla? (*Aplausos.*)

¿Y qué pensaríamos los españoles de los hijos que allí habíamos criado, si cuando llegó el momento de la separación y de la lucha no hubieran tenido valor para empuñar la espada que habíamos sabido poner en sus manos, no hubieran tenido valor para responder con entereza del arrojo que de nuestra raza habían heredado? (*Grandes aplausos.*)

Así, pues, sucedió porque debía suceder: hubo lucha, porque debió haberla; pero somos hijos de la misma raza y debemos conducirnos con la misma condición. Pero ¿por qué luchamos? Después de la guerra, al preguntarse por qué se empuñó la espada, resultó que se había empuñado para ser naciones, para ser pueblos. Eso era algo, eso significaba que había ya en España un gran pensamiento; porque, señoras y señores, ahora hace un siglo que los dos espíritus más grandes que vivieron en este país habían pensado en el porvenir de América: uno de ellos era el Conde de Aranda, el otro Carlos III. El Conde de Aranda, aquel gran Ministro y hombre de Estado, concibió en la profundidad de su genio la idea de no dejar abandonada aquella América en medio del Océano, porque mientras aquí se sucedían las profundas revoluciones que habían agitado Inglaterra y Francia, y ardían ya en los Estados Unidos, era preciso á toda costa conservar aquella América querida enviando Príncipes españoles que la rigieran siguiendo en la idea de la unión; pero América seguía en la idea de la unión con la separación, alguien lo ha dicho; como salen los individuos del hogar y van formando otros hogares adelantándose al deseo del padre y buscando en la madre la protección, porque si en la madre no encuentran protección, la hija se irá tras el que ama, y el hijo querrá romper el yugo paterno para emanciparse. (*Aplausos.*)

El Conde de Aranda había ideado este gran pensamiento que dictaba Carlos III en sus últimos años al Conde de Floridablanca; el Conde de Floridablanca condensaba aquellas ideas que se han llamado *Instrucciones para la Junta de Estado*, que entonces se creaba para nuestra patria, y de ese mismo documento, que será un programa eterno de Gobierno para España, casi la mitad estaba destinado á América y al modo por el cual se debían ir preparando las condiciones de los pueblos para conseguir su unión definitiva; pero no pudimos llegar á hacerla porque todas aquellas ideas perecieron.

En vano se acusará á España, y nunca con más grande injusticia si acaso, de no haber hecho por América todo lo que podía hacer. ¿Qué teníamos nosotros que dar? Tuvimos la guerra de la Independencia en España, el absolutismo luego, y cuando no había patria ni libertad en este suelo, ¿qué podíamos hacer por América si los germanos hacían verter la sangre española en la península, é iban á verter también la sangre americana? (*Aplausos.*)

Hoy es otra cosa: la separación de las Repúblicas, la creación de los Estados americanos, todo eso, señores, que pertenece á la historia, tiene—creo yo—un enlace y una consecuencia con el modo de vivir de los tiempos modernos. Y esto ó no es nada, ó significa la unión indestructible de las razas latinas; y esto es lo que ha de dar por resultado la unidad política de Portugal y el Brasil, de España y las Repúblicas sur-americanas; y eso es, señores, que el mundo está en un período en el cual desaparecen las unidades, está en momentos en los que se forman grandes agrupaciones. Es que, en mi sentir, no observamos bastante lo que pasa en nuestro derredor: vivimos apenas un día en este siglo, y hemos visto que Alemania ha constituido una serie de nacionalidades formadas de restos abandonados en los bordes del Danubio y del mar Mediterráneo; hemos visto una Grecia que va siendo una nación; una Inglaterra que disfruta de inmenso poderío en la América y el Asia, y como si le faltara algo, no quiere dejar ningún lugar en la tierra donde no alcance su dominación, considerándola pequeña para sus conquistas, porque la civilización, el progreso y la ciencia la necesitan toda entera. (*Aplausos.*)

En estas evoluciones de la humanidad, semejan-

tes á las evoluciones del mundo animal y del mundo individual, todo aquello que es solo, aislado y pequeño, todo eso tiende á desaparecer: se van sumando fuerzas, se van haciendo las concreciones; ¡ay del que esté solo y aislado! alguien le absorberá, porque la fuerza del imán recorre el mundo, y las pequeñas partículas desaparecerán absorbidas y atraídas por él.

¿Comprendeis, señores, mi alusión y la forma de mi pensamiento? La raza española es la representación quizá más grande de la latina, más grande que lo era la francesa, más grande que lo era la italiana, por su historia, por sus hechos, por la extensión de sus territorios, por el número de gentes que piensan como nosotros y hablan nuestro idioma. Y bien, señores: la raza sajona, que habla el inglés, con la antigua raza slavo-germana, se extiende por todas partes; en América tiene ya la mitad superior del continente, y nosotros estamos solos aquí, lo mismo que Portugal, que se halla á nuestro lado, porque están separadas todas aquellas porciones del territorio sur-americano; y como, señores, el imán de la civilización es muy fuerte, cada una de las partículas que estén separadas serán absorbidas por él.

Ha llegado, pues, la hora de reunirnos; si fuimos á América para sacarla de la nada y llevarla la civilización, América nos debe hoy, en estos momentos, protección (si puedo usar esta palabra), porque al fin y al cabo, si hemos vivido juntos en la historia ¿no tendremos al ménos la esperanza de conseguir la fraternidad y la unión, que son las dos grandes protecciones que Dios da en la historia á los que son mayores que ántes en el mundo?

He aquí el profundo pensamiento, y en mi sentir la aspiración nobilísima de esta Asociación.

¡Ah! Señores: en los momentos á que asistimos, vemos en América que la apertura del istmo de Panamá acerca el paso de los buques al Océano Pacífico y por él se verifica la invasión de la razas de la América del Norte. Yo no sé, señores, cuál será en el siglo futuro el porvenir de cada uno de aquellos pueblos. Lo que yo sé es que la raza española quedará reducida realmente á la Península, y lo que temo es que la raza española y las razas latinas no tengan tampoco propiedad en la segunda parte del continente americano, en la América del Sur.

Llega, pues, el momento de mantener un contacto, una fraternidad y perfecta armonía; esta civilización española necesita tocarse materialmente con las manos; estas simpatías necesitan aumentarse; esta cohesión necesita fundirse, y entonces creo, señores, que no sé en qué forma de federaciones ni en qué manera de uniones, porque esto es pequeño ante el mayor bien que podremos conseguir; pero de algún modo se realizará la obra de la unión de estas razas y estos pueblos para contrarrestar así la marcha ascendente y gloriosa de la civilización sajona, que si en el mundo brilla como un faro, para nosotros es un faro de luz triste y fantástica, porque va significando el eclipse y el apagamiento de aquella otra luz que ya se nos presentó en el siglo XVI; y si no nos asociamos, temo yo que acabará de brillar por completo á semejanza de las pequeñas estrellas del cielo al aparecer á su lado un astro radiante, que, aún cuando no las oculte, las eclipsa y no las deja percibir por los esplendorosos fulgores de su luz. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

Hora es ya de que termine estas consideraciones y este resumen.

Cuando desde aquí, desde la Península, miramos hacia los americanos, yo creo, señores, que todos experimentamos un mismo sentimiento de simpatías, de profundos deseos de unión. Yo creo que cuando ellos miran hacia nosotros todos sienten lo que decía aquí el Sr. Holguin hace un momento: un deseo de corresponder al beneficio inmenso de haberles llevado la civilización, y un estímulo poderoso de mostrarse dignos de haberla recibido y de saberla llevar adelante. ¿Qué más haría falta, señores, para una federación, para una unión de simpatías traducidas en hechos? Yo no lo sé; pero, por mi parte, no puedo concluir sin deciros algún pensamiento que me asalta siempre que de estas cuestiones se trata.

Ese pensamiento es el último término de la idea que en ocasión semejante pronunciaba un gran pensador, un gran hombre de nuestro país, el Sr. Rivero, el cual, pensando precisamente en la política

y analizando la diplomacia que debiera hacer España en América, desarrollaba la idea que ahora vais vosotros á convertir en una línea de conducta en medio de esta civilización.

Y yo, siguiendo aquel pensamiento, os diré para concluir que si alguna vez fuera posible que volviese á nacer una cuestión entre América y España, y esa cuestión fuese algo que hubiera de ventilarse y resolverse por la fuerza, sería preciso que todos á un grito lo impidiéramos y dejáramos caer de nuestras manos el arma para tendérselas á los americanos y estrechárselas unos y otros, porque no es posible otra cosa dados los sentimientos que han predominado en un pueblo como aquel que, aún para morir, tiene que esculpir sobre su lápida su nombre en la lengua de Cervantes, y que al desaparecer de entre los vivos tiene que poner sobre su sepultura la cruz cristiana que les llevara en sus naves Colon al hacer su descubrimiento, y Cortés y Pizarro con la espada que les dió. (*Grandes, nutridos y prolongados aplausos.*)

Se levanta la sesión.

Eran las cuatro y media.

MISCELÁNEA

El artículo primero de los ESTATUTOS de la Unión Ibero-Americana está concebido en los siguientes términos: «La Unión Ibero-Americana tiene por objeto estrechar las relaciones sociales, económicas, científicas, literarias y artísticas de España, Portugal y las naciones americanas, donde se habla el español y el portugués, y preparar la más estrecha unión comercial en el porvenir.»

Segun noticias de buen origen, el ilustre americano Excmo. Sr. D. Antonio Guzman Blanco, pacificador de la República de Venezuela, ex-Presidente de la misma y uno de los hombres más notables de América que ha demostrado siempre verdadero cariño y simpatías hacia España, debe llegar á Madrid en los primeros días de Abril. La Redacción de Los Dos Mundos tendrá un gran honor en saludar al noble huésped, y presumimos que la Junta Directiva de la Unión Ibero-Americana le demostrará también el interés y afecto con que distingue á los que, como el General Guzman Blanco, reverdecen las glorias de la literatura española allende los mares.

Le *Mesager D'Athenes* del 25 de Agosto último nos informa que las excavaciones arqueológicas practicadas de nuevo en Eleusis bajo la dirección de M. Phillos han dado los mejores resultados. Acaban de descubrirse dos pórticos, el de Phylon y el del *Telesiterion*, donde se celebraban los misterios. Se han descubierto asimismo objetos varios de artes muy interesantes, que han sido depositados provisionalmente en una casa alquilada para el caso por la Sociedad Arqueológica de Eleusis.

PRECIOS DE SUSCRICION

ESPAÑA Y EXTRANJERO

	Semestre.	Año.
Madrid....	6,50 ptas.	12 ptas.
Provincias.....	7 »	12,50 »
Extranjero.....	15 »	25 »

PROVINCIAS ULTRAMARINAS Y REPÚBLICAS AMERICANAS.

Á PAGAR EN ORO.

Cuba y Puerto-Rico.....	3 pesos fs.	5 pesos fs.
Filipinas y Repúblicas americanas.....	3 »	5 »

La correspondencia se dirige á D. Jesús Pando y Valle, calle de Ruiz, 18, segundo, Madrid.

MADRID.—Imp. de Moreno y Rojas, Isabel la Católica, 10.